

## EL CIUDADANO FINLANDÉS: UNA PERSONA RESERVADA<sup>1</sup>

---

Henrik Stenius

Renvall Institute. Universidad de Helsinki

Hasta 1809, fecha en la que fue incorporada como Gran Ducado al Imperio Ruso, Finlandia era parte integrante de Suecia. En el siglo XIX, en el cual se dieron los primeros pasos en el proceso de formación de una cultura política finlandesa específica, la lengua de la élite finlandesa fue el sueco, si bien, en aspectos importantes de la vida social, la élite utilizó también el francés, el ruso, el latín y/o el alemán.

La mayor parte de la población (un 87% a mediados del siglo XIX) hablaba finlandés como lengua materna<sup>2</sup>. A medida que la élite política consolidó su autonomía con respecto al Gran Ducado Finlandés para conformar una nación finlandesa específica, todos los grupos políticos importantes estuvieron de acuerdo en convertir el idioma finlandés en lengua oficial junto al sueco. Existía entonces un consenso en que la lengua finlandesa debía desarrollarse y madurar para poder así ser utilizada en la administración, en la educación y en el sistema judicial. Sin embargo, el calendario de reformas originó debates encendidos y dividió a la opinión pública en campos antagónicos. En la medida en la que se aceptaba la idea de que el orden

---

\* Traducción: Nerea Aresti.

<sup>1</sup> Este artículo está basado en una pequeña parte de un artículo más detallado y exhaustivo sobre el concepto de ciudadanía, artículo que será publicado en el año 2003 en una antología finlandesa sobre conceptos claves finlandeses: Matti HYVÄRINEN, Jussi KURUMMÄKI, Kari PALONEN, Tuija PULKINEN y Henrik STENIUS, eds., *Käsitteet Liikkeessä. Suomen poliittisen kulttuurin käsitehistoria*, Tampere-Jyväskylä, Vastapaino, 2003.

<sup>2</sup> Afirar que la élite hablaba sueco no significa que la población de habla sueca constituyera en sí misma la élite social. La población de habla sueca estaba dividida en grupos sociales en proporciones similares a la población de habla finlandesa. Sobre el problema del idioma ver Kenneth D. McRAE, *Conflict and compromise in Multilingual Societies. Finland*. Rauma 1999; Henrik STENIUS, «The Language Issue in Finland», en Clive ARCHER and Partti JOENNIEMI, *The Nordic Peace*. Ashgate 2003.

jerárquico de la sociedad era el único posible estado de las cosas, aquellos grupos que, como el Partido Sueco (muy cercano al Partido Liberal), pensaban que las reformas exigirían varias generaciones, se inclinaban a pensar también que incluso en el futuro existirían aspectos de la cultura de élite para los que el finlandés sería un vehículo de comunicación demasiado pobre e ineficiente.

Desde una perspectiva comparativa, es destacable el éxito del movimiento en pro de la lengua finlandesa. El movimiento obtuvo victorias mayores de las que nadie podía haber soñado cuando las ideas nacionalistas finlandesas fueron presentadas por primera vez en la primera mitad del siglo XIX. Al cabo de dos generaciones, desde la década de 1840 hasta el fin de la centuria, el idioma finlandés pasó de ser una lengua rural a ser una lengua utilizada en la alta administración, el mundo académico y las artes, haciendo del idioma finlandés una herramienta útil en todos los aspectos y niveles de la vida social.

### ¿Dos manuales diferentes?

En el presente artículo, ilustraré este proceso centrando la atención en la traducción del sueco al finlandés del más prestigioso manual de derecho, escrito por el más reconocido experto en leyes finlandés, Johan Philip Palmén (1811-1896), manual que fue traducido por el también prestigioso lingüista finlandés Eljas Lönnrot (1802-1884). Más concretamente, me limitaré a la traducción del concepto de «ciudadano» en el manual.

Johan Philip Palmén fue un oficial trabajador y eficiente a quien, a lo largo de su larga carrera, le fue encomendada la responsabilidad de una importante tarea tras otra. Como profesor de universidad de carácter pragmático y con un profundo sentido del trabajo, se convirtió en un experto en todos los aspectos del derecho finlandés, aunque nunca dedicó mucha atención a los problemas más profundos de la filosofía jurídica. En los primeros años de la década de 1850, escribió un manual de derecho finlandés para la escuela finlandesa de cadetes, un manuscrito que circuló únicamente en forma de copia litográfica. Sin embargo, después del cambio de régimen de 1855, que supuso el fin de la autocracia de Nicolás I y el paso a un régimen más constitucional con Alejandro II, Palmén decidió publicar su manual. El libro, *Juridisk handbok för medborgelig bildning*, apareció en 1859. La traducción española del mismo sería la siguiente: *Manual de derecho para la educación cívica*, aunque la palabra «educación» no es, como sabemos, el equivalente de *bildning* (que es a su vez el equivalente del término alemán *Bildung*). Cuatro años más tarde, en 1863, el libro fue

publicado en finlandés, con el título *La'in-opillinen käsikirja Yhteiseksi sivistykseksi*. La palabra «cívico»/*medborgerlig* fue traducida como «común»/*lyhteinen*. El traductor, Elias Lönnrot, es comúnmente considerado como uno de los padres fundadores de la nación finlandesa. Su contribución se realizó fundamentalmente en el terreno cultural, por ejemplo a través de la compilación del *epos* nacional Kalevala y, de modo más general, actuando como la autoridad más prestigiosa en la maduración y codificación de una lengua finlandesa moderna.

A la hora de juzgar el espíritu y la tendencia del manual de Palmén es necesario tener en cuenta que tanto la dirección rusa como finlandesa de la escuela de cadetes adoptaron una postura positiva con respecto al libro. El libro no encontró mayores obstáculos para convertirse en una herramienta de integración y socialización crucial para sectores amplios del público finlandés durante la segunda mitad del siglo XIX. Esta obra se convirtió en lectura obligatoria para generaciones de intelectuales durante el período de las reformas, cuando los juristas tenían una posición dominante en la administración y los intelectuales en el debate público. El libro demuestra las habilidades de un equilibrista ideológico, quien escribiendo explícitamente sobre la autonomía finlandesa con una constitución, una legislación y una economía pública propias, lo hacía de un modo que podía satisfacer tanto al poder ruso como a la élite política nacionalista de Finlandia. El equilibrio necesario para ello fue posible porque Palmén evitó hablar de la política propia. El objetivo no era el *homo politicus* finlandés. Palmén era un hegeliano conservador que confiaba en un Estado bueno. Sólo gracias al Estado, el buen pastor, era posible que sus individuos lograsen alcanzar más altos estadios de vida humana<sup>3</sup>.

Al traducir el libro al finlandés, Lönnrot hizo gala de un pensamiento notablemente creativo. Desde el punto de vista de la historia de los conceptos, mostró una pronunciada independencia con respecto al original sueco. El concepto de «ciudadano» es particularmente ilustrativo. Palmén utiliza la palabra sueca *medborgare* treinta y tres veces, y Lönnrot hace uso de una buena dosis de fantasía al buscar los equivalentes en lengua finlandesa. Él utiliza neologismos creados por otros filólogos, crea uno por sí mismo, y evita la palabra a través de diferentes tipos de circunlocuciones. Pero antes de entrar de en la cuestión sobre si existe algún tipo de lógica en el tratamiento que hace Lönnrot de la palabra sueca correspondiente a «ciudadano», me gustaría realizar una serie de apreciaciones generales sobre las traducciones.

---

<sup>3</sup> E. G. PALMÉN, *Till hundraårsminnet af Johan Philp Palmén 1811 31/X 1911. II. Lefnadsteckning*. Helsingfors 1915.

## La noción de cultura de traducción

Los neologismos eran producto del propio proceso de traducción, porque la formación de una lengua política moderna en Finlandia fue un continuo ajuste y adaptación de las experiencias finlandesas a las formas europeas de definir y utilizar conceptos políticos fundamentales.

La conceptualización es diferente en las grandes lenguas y en las lenguas pequeñas. Al analizar los conceptos en las grandes lenguas europeas es justificable contemplar la conceptualización como simples representaciones de actores lingüísticos, sin contrastar este proceso con procesos equivalentes en otras lenguas, debido a que las grandes lenguas poseen un tipo de autosuficiencia del que carecen las lenguas pequeñas. Aquí, en culturas con lenguas pequeñas, un análisis de conceptualización que no haga referencia a grandes lenguas nos conduce inexorablemente en una dirección errónea. Únicamente a través del contraste entre la conceptualización en una lengua grande y en la lengua pequeña podemos formular las cuestiones relevantes y, del mismo modo, solamente a través de este tipo de visión contrastada podemos ofrecer respuestas relevantes a esas cuestiones.

Como parte de un proceso de traducción, la historia de los conceptos en el caso finlandés se convierte en un análisis de relaciones asimétricas, en el que el dar y el recibir no son acciones recíprocas. En la medida en que existen relaciones asimétricas de tipos diversos, existen también diferentes tipos de culturas de traducción.

En primer lugar, me gustaría plantear que dado que una cultura concreta no vive en completo aislamiento ni carece de información sobre otras culturas, cada cultura debe ser considerada como una cultura de traducción, porque las experiencias de la otra cultura deben ser objetivadas y ajustadas a un sistema de códigos propio. Sin embargo, si queremos utilizar la noción de cultura de traducción en un sentido más analítico, debemos distinguir entre diferentes elementos en el proceso de traducción. De modo más preciso, debemos distinguir entre dos razones diferentes por las que las traducciones son una parte inevitable de nuestras vidas, es decir, dos razones por las que la posibilidad de un discurso completamente universal es impensable.

El primer obstáculo consiste en el hecho de que conceptos clave son dotados de contenido en un contexto a través de intenciones de la persona que utiliza el concepto. El problema a destacar en esta conexión es si el pensador creativo imagina que el concepto que él/ella utiliza es universal y aceptado de forma general, o si piensa que la idea misma de concepto universal es una ilusión. Si uno mira a la historia desde el Renacimiento al tiempo de la Ilustración, uno puede percibir que la tradición nominalis-

ta que subraya la importancia de la retórica se vio debilitada a expensas de la creencia científica en un lenguaje «objetivo» con conceptos definidos «objetivamente»<sup>4</sup>.

Una persona que piensa que el concepto que utiliza es universal argumenta de modo diferente a la persona que desconfía de las posibilidades para el desarrollo de un sistema universal y sólido de conceptos claves. Desde una perspectiva positivista, el objetivo de la argumentación es el converger en definiciones comúnmente aceptadas de conceptos clave, una actitud que puede devenir agresiva con facilidad (Diderot por ejemplo pensaba que las personas que inventaran neologismos debían ser condenadas a prisión). El punto de vista hermenéutico, por otro lado, parte de la idea de que yo/nosotros conceptualizo/amos el mundo a mi/nuestro modo, y que «el otro» lo hace a su modo<sup>5</sup>. La convergencia, si es que llega a suceder, tiene lugar en un tercer espacio, usando el término de Homi K. Bhabha<sup>6</sup>. Si nos fijamos en el concepto finlandés de «ciudadano», podemos observar que el caso de Finlandia es extremo. Todas aquellas personas involucradas en la creación de un vocabulario político moderno en Finlandia plantearon el concepto finlandés de «ciudadano» en términos realmente atípicos. Ninguno de los neologismos finlandeses que fueron nombrados hacía referencia ni a la historia urbana europea, ni al discurso de derechos que estaba conectado con el terreno metafórico común del concepto de ciudadano. Debemos considerar estas soluciones lingüísticas como un esfuerzo decisivo de los participantes en el debate por crear un lenguaje político finlandés sobre premisas propiamente finlandesas.

Otro obstáculo para un discurso universal consiste en el simple hecho de que el debate político en Europa tuvo lugar en áreas lingüísticas que tenían sus propias limitaciones con respecto al ámbito comunicativo que abarcaban. La posibilidad de influenciar en un debate político común —y de tomar parte en luchas discursivas sobre conceptos claves de la política— dependía del área de lenguaje al que perteneciera cada uno. Seré más preciso. Era muy diferente el que uno viviera *dentro* o *fuera* del círculo interno del debate europeo. La existencia de la *République des'lettres* es

---

<sup>4</sup> Walter ONG, *Orality and Literacy: The Technologizing of the Word* (Londres 1982), señala que las técnicas de impresión han sido una razón para este cambio, en la medida en que estas técnicas de impresión allanaron el camino para la «estandarización de la memoria».

<sup>5</sup> «Nosotros-as» se refiere a un uso más repetitivo del concepto, mientras que el «yo» puede ser considerado como la precondition para una conceptualización y argumentación creativas.

<sup>6</sup> «The third space» en J. RUTHERFORD (ed.), *Identity, Community, Culture, Difference* (Lawrence & Wishart 1990).

un hecho fundamental<sup>7</sup>. Todos aquéllos que participaron en el debate político, independientemente de la lengua en la que hablaran, francés, alemán, italiano, inglés, holandés o latín, pudieron imaginarse a sí mismos como participantes de un debate común «internacional» dotado de una serie de conceptos «europeos» comunes.

Para aquéllos que intervinieron en el debate político desde fuera de este círculo geográfico y social, resultó casi imposible imaginar que su argumentación tuviera cualquier tipo de impacto dentro de la República literaria. He intentado identificar a los intelectuales que, viviendo en los países nórdicos durante las décadas anteriores al inicio del siglo xx, pudieron considerar que tenían alguna influencia en el debate político europeo, y he llegado a la conclusión de que esos intelectuales no fueron más de nueve: Saint Birgitta, René Descartes, Samuel Pufendorf, Emanuel Swedenborg, Hans C. Andersen, Fredrika Bremer, Henrik Ibsen, Georg Brandes y Edward Westermarck. No incluyo aquí a científicos tales como Tyko Brahe, Carl von Linné, Anders Celsius y Christian Ørsted, así como a artistas como Jenny Lind y Ole Bull, sabiendo que muchas personas en Europa consideraron a Jenny Lind como la encarnación de conceptos tales como la pureza, el arte sagrado, la naturaleza auténtica o la deidad etérea.

Sin embargo, existían una serie de posiciones de carácter muy atípico. La situación en Suecia antes de 1809, cuando Finlandia era parte integrante de Suecia, puede ilustrar estas diferencias. La cultura sueca sueco-parlante era en sí misma una cultura de traducción, y la sueca de habla finlandesa era un tipo aparte. Los sueco-hablantes que aspiraban a conseguir una posición en el debate público, debían situarse a sí mismos muy cerca del debate «universal» europeo, lo que significaba adoptar los conceptos europeos incluyendo sus referencias metafóricas<sup>8</sup>. Si bien ellos no tuvieron prácticamente ninguna posibilidad de jugar un papel relevante en el debate europeo propiamente dicho, contaron con la ventaja de disponer de una lengua completa, en el sentido de disponer de una semántica y de una sintaxis que les permitía pensar sobre los problemas más sofisticados en su propio idioma. Las personas de habla finlandesa, por el contrario, care-

---

<sup>7</sup> Ver, por ejemplo, Willem FRIJHOFF, «Conceptual History, Social History and Cultural History: the Test of “Cosmopolitanism”» en Iain HAMPSHER-MONK, Karin TILMANS y Frank VAN VREE (eds.), *History of Concepts. Comparative Perspectives* (Amsterdam 1998).

<sup>8</sup> En un estudio reciente de Peter HALLBERG, *Ages of Liberty. Social Upheaval, History Writing, and the New Public Sphere in Sweden, 1740-1792*, 2003, el autor analiza la argumentación política a través del contraste por un lado de las referencias de la experiencia política propia (uso de la historia) y por otro lado de las referencias de las discusiones doctrinales en Francia e Inglaterra. El autor concluye que en la retórica política de aquel tiempo el uso de la historia sueca era más importante.

cieron por largo tiempo de estas herramientas intelectuales, y de esta independencia intelectual. La discusión sobre el concepto de ciudadanía fue un ejemplo de un tipo de discurso en el que los escritores finlandeses tuvieron que pensar previamente sus ideas en otra lengua —normalmente el sueco— e intentar después dar una voz finlandesa a esos pensamientos. Esta falta de soberanía cultural podría estar relacionada con la obstinada independencia intelectual de los padres fundadores de la cultura política finlandesa posterior, quienes situaron el campo metafórico de los conceptos clave finlandeses a una distancia decisiva con respecto al terreno metafórico común del debate en el «corazón» de Europa.

La lengua finlandesa maduró durante las últimas décadas del siglo XIX en el sentido de consumir la codificación del cuerpo fundamental de su vocabulario. Si miramos al período anterior a este momento, debemos distinguir dos períodos diferentes con dos tipos de cultura de traducción diferentes también. Hasta la década de 1820, el lenguaje político finlandés careció de independencia. No existía un medio de habla finlandesa para los temas políticos y sociales, donde los participantes en el debate pudieran desarrollar su pensamiento en finlandés. El concepto de «ciudadano» aparecía ocasionalmente, pero en la forma de neologismo más o menos espontáneo. Existían traducciones literales de la palabra sueca *medborgare*: *kanssaporwari*. Existían neologismos referidos a la gente que vivía en comunidad: *kanssa-asuja*. Y existían sugerencias eclécticas referidas a súbditos (*alamainen*) que vivían en comunidad: *kanssa-alamainen*.

A partir de la década de 1820, los líderes políticos que configuraron el movimiento por una lengua finlandesa, los fennomaniacos, fueron a la vez los filólogos que jugaron un papel más decisivo en la codificación de un lenguaje político finlandés moderno, centrándose en la definición de conceptos clave e intentando llegar a un acuerdo sobre el vocabulario finlandés sobre premisas finlandesas. El objetivo era la creación de una lengua moderna europea que conviviera con las otras lenguas modernas europeas. La relación asimétrica no fue total nunca más, porque la traducción tuvo lugar a partir de una o varias lenguas independientes a otro sistema de códigos también independiente y autosuficiente. Existían entonces tres posibilidades o términos candidatos serios para traducir el concepto de ciudadano. (1) *Kans(s)alainen* era la palabra más común y podía ser interpretada bien como «miembro de la gente/del pueblo» (de *kansa*, es decir, Volk/gente o pueblo) o «una persona con (nosotros)» (de *kanssa* o «con» como una traducción literal pero incompleta del sueco *medborgare*, sustituyendo los términos urbanos de *borgare/Bürger* con una noción general de pertenencia). En la medida en que no existían normas ortográficas codificadas que obligaran a la escritura de *kansa/danssa* con una o dos eses, ambas inter-

pretaciones podían ser válidas, si bien es obvio que los filólogos fennomanianos se refirieron a la palabra *Volk*/gente o pueblo, lo que significa que la traducción literal del finlandés al alemán, inglés o sueco sería *Völker*, *people* y *folkare* respectivamente. Como existe ya la palabra castellana «poblador», derivada del nombre «pueblo», referida más en general a la cualidad de habitante (una persona que vive en un vecindario, una ciudad, una región o nación), parece claro que la traducción literal requeriría únicamente la atribución a esta palabra de un contenido más judicial y político.

Los otros dos neologismos (2) *yhteiskuntalainen* derivado de la palabra *yhteiskunta* (sociedad) y (3) *kansajäsen*, que significa literalmente «miembro de la gente/del pueblo». Este último es el neologismo que Lönnrot sugirió cuando el neologismo *kansalainen* era ya la alternativa dominante. ¿Por qué estaba insatisfecho Lönnrot con el término *kansalainen*?

### El dilema de Lönnrot

Lönnrot podía haber pensado que la cultura finlandesa podía valérselas por sí misma sin el concepto de «ciudadano», del mismo modo que la cultura árabe, que tampoco tiene una palabra para este concepto. Como sabemos, la lengua árabe tampoco tiene una palabra para el concepto europeo de Estado. Sin embargo, estas similitudes son simplemente accidentales, meras coincidencias. La inclusión en el mundo árabe era de tipo religioso, lo que significaba que el concepto europeo de justicia, relacionado con una noción de un aparato de Estado autónomo, no tenía cabida en la cultura tradicional árabe. Lönnrot, por el contrario, y de acuerdo con el pensamiento fennomaniano, creía profundamente en el Estado. Lo que Lönnrot quería hacer era expresar una variación fennomaniana de la lógica europea que relacionaba los conceptos de gente o pueblo y Estado.

Era obvio para Lönnrot que sin un Estado no podían existir ciudadanos. Quiero realizar un inciso para señalar que este hecho parece haber sido más obvio para la minoría de habla finlandesa del norte de Suecia. Ellos tienen un dialecto finlandés propio, el *meänkiel*, que carece de la noción de ciudadanía. Ellos hablan simplemente de «súbditos» (*alamainen*), porque no han formado parte de un proyecto de construcción de una nación/Estado finlandeses.

En mi opinión, el concepto de ciudadanía fue crucial para Lönnrot. Su conceptualización no fue tan amplia como lo eran los términos equivalentes europeos. Recordemos que el término alemán *Bürger* estaba entre las palabras alemanas que hasta la década de 1840 había recibido tantos sig-



nificados superpuestos que había llegado a ser inservible para realizar descripciones precisas, y por lo tanto no era utilizado en los textos legales. Lönnrot intentó definir un uso más exacto para la palabra y el concepto de ciudadano.

Tal y como he señalado anteriormente, Palmén utilizó la palabra *medborgare* treinta y tres veces, mientras Lönnrot utilizó la palabra *kansalainen* solamente tres veces en su traducción. La razón, de acuerdo con mi propia interpretación, es que Lönnrot quería referirse a una categoría jurídica específica, a la cual yo he denominado «ciudadano en un sentido limitado». Él utiliza la noción de *kansalainen* en un reducido número de pasajes en los que Palmén habla acerca de los habitantes de Finlandia, de los miembros del Estado, en tanto que personas que compartían un conjunto de derechos y deberes jurídicos. En el resto de casos, que yo he denominado «ciudadano en un sentido amplio», él recurrió a expresiones alternativas.

Lönnrot era por lo tanto plenamente consciente del hecho de que de acuerdo a la realidad sociológica y jurídica del momento, los individuos no eran autónomos e iguales en sus relaciones con las autoridades del Estado.

El principio universalista era totalmente opuesto al sistema de privilegios, que era precisamente el que dotaba de cohesión a la sociedad de aquel tiempo. Si el principio universalista existía en este período de la historia, existía únicamente como figura abstracta en el pensamiento de las cabezas individuales de los intelectuales. Existía una noción de ley general (*allmän lag*), pero esta noción no era más general que la misión concreta de regular los derechos y deberes de los diferentes grupos sociales. Más aún, el sistema judicial no trataba del mismo modo a todos los individuos. La nobleza tenía en este sentido sus propios privilegios, como por ejemplo el de ser juzgados por un igual (es decir, por otro noble) y el derecho a ser oídos únicamente en los altos tribunales (*hovioikeus/hovrätter*).

Sin embargo, en el texto original de Palmén, Lönnrot encuentra dos pasajes en los que Palmén se refiere a un contexto tan universalista que hace posible que Lönnrot utilice la noción *kansalainen*. (El tercer sitio en el que esta palabra aparece es en la parte de diccionario del final del libro, donde la entrada *medborgare* tiene dos traducciones, la de *kansalainen* y también la de *kansajäsen*/miembro de la gente/pueblo).

En uno de los pasajes Palmén define —de acuerdo al principio *ius sanguinis*— qué es un ciudadano finlandés: una persona que, independiente del lugar de nacimiento, es descendiente de padres finlandeses, o tiene un ciudadano finlandés como padrino. El otro pasaje es más sorprendente. Al establecer los deberes del gobernador general, Palmén explica que éste tiene que adquirir información relevante de «oficiales y otros ciudadanos

reconocidos», y aquí Lönnrot utiliza el término ciudadano en un sentido estrecho, limitado. Esto debería ser interpretado como un pronunciamiento ideológico por parte de Lönnrot, es decir, que también la gente normal tiene conocimientos suficientemente valiosos como para ser tenidos en cuenta por un gobernante inteligente. En otro pasaje, en donde Palmén habla sobre «la parte educada de los ciudadanos» (*den bildade delen av medborgare*), Lönnrot evita la noción de «ciudadano» y prefiere hablar de «todas las personas educadas de nuestra tierra» (*kaikki oppineet meidän maassa*). La diferencia entre estos dos pasajes es que en el último caso Palmén se refiere a un grupo semi-corporativo y no a individuos con independencia de la corporación de la que provienen.

Allí donde Palmén utiliza el sustantivo *medborgare* o el adjetivo *medborgerlig*, Lönnrot elabora un vocabulario diferenciado, incluyendo un par de neologismos. Cuando Palmén habla sobre una categoría abstracta de pertenencia a una sociedad, con independencia del tipo de sociedad, Lönnrot introduce la palabra *kansajäsen* («miembro de la gente/pueblo»). En esta idea abstracta de pertenencia a una sociedad, una noción general que incluye a individuos sobre diferentes presupuestos, Lönnrot no puede utilizar el concepto de ciudadano en un sentido estrecho. De modo similar, cuando Palmén habla sobre una ley general, Lönnrot no utiliza la noción de *kansalainen*, sino la noción de *kansajäsen*. La noción de *kansajäsen* es tan general que puede ser también utilizada en referencia a sociedades primitivas que no cuentan aún con un aparato de Estado sofisticado.

La noción de vida social es una noción elevada, conectada a la noción de pueblo/gente y a la noción de acción voluntaria. Cuando Palmén utilizó el adjetivo *medborgerlig*/«cívico» para designar a la vida social en general, incluyendo la interacción social en toda clase de sociedades, Lönnrot utilizaba en consonancia el adjetivo correspondiente a *kansa*/«pueblo», es decir, *kansallinen*. Esto resulta problemático para el lector finlandés moderno, ya que la palabra *kansallinen* era al mismo tiempo el neologismo creado por Lönnrot para el concepto «nacional». El modo en el que Lönnrot utiliza la palabra *kansallinen* muestra cómo él incluye dos elementos diferentes en el mismo término: por un lado, «vida social en general» y por otro lado «algo que es nacional». Y el ligazón que mantenía estos dos elementos unidos era la noción de acción voluntaria, o de forma más precisa, la idea de una fuerza primordial de la que el pueblo libre puede hacer uso para canalizar iniciativas sociales en forma de proyectos sociales importantes, lo que de un modo u otro ayudaba a fortalecer la nación. Él aquí se refiere a una acción social sólida, mantenida a una distancia segura de las esferas donde se tomaban las decisiones oficiales en la administración y en la vida política.

En contraste con estos elevados conceptos de vida social, Lönnrot traduce también, en uno de los pasajes, el concepto *medborgare* por *maanmies* (hombre de la tierra), movimiento que claramente no concede las mismas obligaciones y oportunidades individuales para la participación en lo social y en el proceso de construcción nacional. La palabra *maanmies* es un viejo término tradicional finlandés que significa compatriota. Él utiliza esta palabra en un contexto en el que se está hablando de prácticas tradicionales, patriarcales, de acuerdo a las cuales los amos tenían la obligación de juzgar y firmar los documentos sobre las virtudes cívicas a sus subordinados. Con ello Lönnrot lograba comunicar una visión diferenciada de pertenencia social, elevando sustratos históricos pasados a la superficie de la retórica contemporánea.

El esquema conceptual de Lönnrots no pudo evitar, pese a todo, caer finalmente en contradicción. Ello sucede cuando Palmén enumera la serie de derechos y obligaciones civiles. El concepto de derecho civil debería ser universalista por definición. Por lo tanto, Lönnrot acepta la noción de *kansalais-oikeudet*, para referirse a ciudadanía en un sentido estrecho. Pero el problema era que los derechos que Palmén enumeraba no eran universales. Por supuesto, Lönnrot considera la organización social contemporánea, estructurada a base de corporaciones y estados, completamente legítima. Sabiendo que uno de los principios fundamentales del pensamiento político de Lönnrot era la necesaria convergencia entre las clases, es decir, que las clases altas y bajas debían aprender a entenderse mutuamente, es relativamente fácil ofrecer una interpretación conservadora de la visión de Lönnrot sobre la articulación de los conceptos de individuo y sociedad. De acuerdo al pensamiento conservador, la sociedad debía ser en el futuro un organismo en el que las diferentes partes tuvieran sus obligaciones y sus derechos. El pequeño catecismo de Lutero no había perdido su relevancia. La fraternización que Lönnrot tenía en su mente era aún la relación entre personas pertenecientes a diferentes corporaciones y estamentos. Él no luchó contra los privilegios. El único privilegio por el que sintió hostilidad fue el de la preeminencia del idioma sueco.

Lönnrot se sentía cómodo con la idea de que los derechos y las obligaciones estuvieran desigualmente repartidas en la sociedad. Pero en su vehemente deseo de claridad, él elaboró un concepto de ciudadanía que era universalista y no simplemente cuasi-universalista. Si Lönnrot hubiera elaborado una lista de derechos civiles, él no habría incluido entre ellos, por ejemplo, el principio de igualdad ante la ley.

Podemos añadir que la razón por la que Palmén utilizó la noción de «derechos civiles», incluso teniendo en cuenta que el término/categoría judicial era una clara anomalía en la entonces vigente sociedad de privilegios,

era el empeño en colonizar este concepto y evitar una situación en la que el concepto llegara a estar definido por fuerzas sociales potencialmente opositoras.

### **Conclusiones. Significado: un concepto universalista.**

#### **Significante: un concepto difuso de inclusión**

Lönnroth introdujo un concepto radicalmente universalista de ciudadanía, que resultó ser una desviación importante con respecto a su mentalidad conservadora. De hecho, la única explicación posible para este obstinado movimiento era precisamente la autosuficiencia de la cultura de traducción del tipo finlandés.

A pesar de todo, su ejercicio conceptual le insertó de lleno en los encendidos debates sobre la igualdad en el discurso político europeo contemporáneo. Como sabemos, particularmente en relación al caso alemán, el año de 1848 cambió el lenguaje político, dejando atrás la vieja retórica revolucionaria de la libertad y la igualdad. A medida que los alemanes sustituyeron la palabra *Bürger* por otras figuras de pensamiento, Lönnrot encontró inapropiada la palabra sueca *medborgare*. Al igual que los alemanes, él quería delimitar un concepto de ciudadanía realmente universalista, el «ciudadano en un sentido estrecho, restringido», *kansalainen*, un término que encajaba bien en el discurso de *Gleichberechtigung*<sup>9</sup>. Para aquéllos que tenían la iniciativa política, tanto en Finlandia como en Alemania, cobró importancia la necesidad de descubrir nuevas normas y códigos para la nueva sociedad de clases, sociedad que funcionaba sin corporaciones ni privilegios, pero en la que las diferencias sociales y económicas eran aún una profunda realidad sociológica.

Existe un tipo especial de gradación en los términos de Lönnrot sobre ciudadanía. Cuando la referencia es el Estado como fin último, el Estado como un proyecto educacional-*paideia*, de acuerdo a la noción hegeliana de *Sittlichkeit*, Lönnrot nos habla acerca del miembro del Estado, *valtiojäsen*. Palmén mismo utiliza en ocasiones la expresión equivalente sueca, *medlem i staten* para contextos de este tipo de elevación. Miembro del Estado

---

<sup>9</sup> Otto DANN, *Gleichheit und Gleichberechtigung. Das Gleichheitspostulat in der europäischer Tradition und in Deutschland bis zum ausgehenden 19. Jahrhundert* (Berlín 1980), pp. 18-19, 95 y 211-213. Willibald STEINMETZ, «“Speaking is a Deed for You”. Words and Actions in the Revolution of 1848» en Dieter DOWE, Heinz-Gerhard HAUPT, Dieter LANGEWEISCHE y Jonathan SPERBER (eds.), *Europe in 1848. Revolution and Reform* Berghahn Books. (Nueva York & Oxford 2001), p. 833.

es por lo tanto un estatus más alto que miembro del pueblo, *kansajäsen*. En contextos más triviales Lönnrot utiliza simplemente el término «habitantes»/ *asukkaat*.

Pero este tipo de gradación era muy diferente de los discursos tradicionales europeos sobre ciudadanía. En este caso la lucha se centraba, desde la Edad Media, en la rivalidad entre diferentes grupos de gentes; entre el grupo *cives simpliciter*, que se refería a personas independientes que tomaban parte en las decisiones de la comunidad, y el *cives secundum quid*, referido a personas dependientes de otras, sus amos, y que por lo tanto no podían participar en la toma de decisiones<sup>10</sup>.

Lönnrot, por su parte, no identifica y gradúa diferentes tipos de *personas*. Sus palabras se refieren a diferentes tipos de *características* que pueden ser atribuidas a cada súbdito/habitante finlandés. En un nivel trivial, todos son habitantes (*asukas*). La cualidad de ser un ente social dotaba de la dignidad de un nivel más alto, que Lönnrot expresaba como el ser miembro del pueblo (*kansajäsen*). Aún más elevado era la calidad de contribuir en el proceso de construcción nacional, algo que cada finlandés hacía en tanto que «miembro del Estado» (*valtiojäsen*).

La noción de *kansalainen*, ciudadano en un sentido estricto, referido a la cualidad de poseer los mismos derechos y obligaciones, no tenía nada que ver con esta jerarquía. Dependiendo de la perspectiva, los derechos y deberes iguales aludidos por el concepto de Lönnrot podían ser muy limitados o extraordinariamente amplios. Podían ser muy limitados en el sentido en el que los ciudadanos no tenían existencia política para la toma de decisiones de la república. Por otro lado, los derechos y deberes eran amplios, porque ofrecían oportunidades para todas las personas, sobre la base de la voluntad, de formar parte en un proyecto de construcción nacional (educacional) como «miembro del Estado», *valtiojäsen*. Es en estas oportunidades donde encontramos la razón por la que el ciudadano/a finlandés/a, a pesar de su carácter reservado, acumuló su capital social y humano, un capital de valor considerable cuando observamos esta acumulación desde un punto de vista comparativo. Pero éste sería un tema para otro artículo.

Si pasamos de la cuestión de las intenciones de Lönnrot a la cuestión de la significación y las consecuencias de la conceptualización de Lönnrot,

---

<sup>10</sup> Reinhart KOSELLECK y Klaus SCHREINER, «Einleitung: Von der alteuropäischen zur neuzeitlichen Bürgerschaft. Ihr politisch-sozialer Wandel im Medium von Begriffs-, Wirkungs- und Rezeptionsgeschichten» en Reinhardt KOSELLECK y Klaus SCHREINER (eds.), *Bürgerschaft. Rezeption und Innovation der Begrifflichkeit von Hohen Mittelalter bis ins 19. Jahrhundert* (Stuttgart 1994), pp. 11-42.

debemos llegar a la interesante conclusión de que el gran maestro del proyecto de codificación no tuvo éxito en este empeño particular. El intento de Lönnrot de introducir un concepto de ciudadanía radicalmente igualitario quedó prácticamente en nada (a pesar de haber allanado el camino para la acumulación de capital social y humano de todos los ciudadanos). En las décadas siguientes los políticos fennomanianos —por referencias a elementos *ius sanguinis* del concepto finlandés de ciudadanía— pudieron clasificar a los ciudadanos en grupos más valiosos y menos valiosos en la sociedad finlandesa. Por lo tanto existían políticos que estaban estableciendo la distinción entre el «pueblo finlandés» (genuino) y la «población de habla sueca». El concepto de ciudadano se convirtió en un concepto difuso de inclusión. Para el fin de siglo incluso grupos del este de la frontera del Gran Ducado de Finlandia, de partes de Rusia que nunca habían sido parte de Finlandia o de Suecia, podían ser considerados como ciudadanos finlandeses (porque hablaban finlandés).